

Voy a misa desde que nací. Vamos todos los domingos a misa. Bueno, todos todos...no, alguno se nos escapa. Hice la comunión el año pasado y antes de hacer la comunión mis compañeros venían a misa. Ahora ya no y no entiendo por qué.

Ahora la Eucaristía es mucho más aburrida y no me gusta. Me gustaría que las canciones fueran más rápidas y alegres, con guitarras de fondo. Antes, en mi grupo de catequesis, nos repartíamos las diferentes partes de la misa y me gustaba participar, además lo entendía mejor. Lo que más me gustaba leer era el salmo. Siempre poníamos una cartulina con la respuesta del salmo escrita para que los niños se acordaran.

Algunas veces me aburro porque no entiendo lo que dice el cura y se lo tengo que preguntar a mis padres.

He estado en varias misas fuera de mi parroquia y todas eran bastante distintas. En unas yo era la única niña que había en la iglesia y en otras, había más niños que adultos.

Sara (10 años)

Es curioso pensar cómo de niño vivía uno mismo las misas que hoy día, siendo sacerdote, celebro yo. Por supuesto que se encuentran muchos detalles que diferencian esas misas de las de ahora, sobre todo en las misas que celebro para los pequeños.

Cuando era niño, recuerdo que no se estilaban todavía la adaptación de las misas para los chavales, y recuerdo que, como todo niño (me imagino) me aburría muchísimo en cualquiera de ellas. Fui educado en que no todo lo bueno tenía que ser divertido, y la misa era un ejemplo de ello. Me enseñaron a guardar el silencio y debido respeto que la ceremonia eucarística se merecía, y así tal cual participaba en cada una de ellas. Con el tiempo fui aprendiendo la necesidad de ese silencio y respeto, ya que poco a poco era yo mismo el que los iba necesitando. Nunca descubrí diversión en la misa, pero sí la necesidad en ella de la seriedad con la que empezaba a saborearla.

Hoy día, cuando celebro en mi parroquia la misa los domingos a las 12 para los niños, veo una gran diferencia de esas misas que vivía de pequeño. La adaptación que hacemos para los peques, la misma homilía adaptada a ellos, el enriquecimiento de la liturgia con las ofrendas y las peticiones, el rezo del padrenuestro cogidos todos de las manos, el coro infantil, la misma participación de los niños,... han logrado hacer de la misa un poco más divertida para todos. Yo, cada vez que la celebro los domingos me gusta ver reflejada en las caras de los niños esa atención y alegría de estar participando en algo, que aún no sé si entienden, pero que me garantiza entusiasmo y comodidad por parte de los más pequeños. Me emociona mucho ver cómo en la consagración todos los peques se arrodillan porque, a su manera saben, que el milagro de hacerse presente Cristo en las formas del pan y el vino, va a acontecer. Y cómo han estado unos instantes previos alegres cantando el "Santo", y cómo seguidamente todos callan para participar de la consagración.

Es cierto que como sacerdote, intento vivir cada misa como si fuera la primera, la última, la única misa (decía un gran santo español), pero la misa de los niños me aporta la alegría, la inocencia y la simplicidad que me garantiza que el respeto que merece la misa no está reñida con la diversión, y que aquello que aprendí de pequeño no tenía por qué ser así.

Todas las misas son divertidas, si sabemos encontrar en cada momento de nuestra vida esa necesidad que nos aporta la eucaristía, y mientras que los niños aprenden ese tipo de diversión, creo que se merecen esta adaptación que hacemos hoy día para ellos, porque les gusta, les divierte y poco a poco les ayuda a saborear el sentido auténtico de la comunión.

La mejor garantía de esto te la transmiten los jóvenes de confirmación, cuando ellos mismos te afirman que el haber aprendido a saborear hoy día la misa es gracias a que, cuando eran niños, al participar en estas misas, tuvieron un primer contacto con el sacramento de la eucaristía.

Ángel Mateos Guillén, sacerdote.